



Siete días y un deseo

Rebelión en las aulas

■ Existe gran descontento entre los estudiantes por muchos motivos



José Manuel del Barrio

Sociólogo

En 1967, **James Clavell** dirigió la película «Rebelión en las aulas», protagonizada, entre otros, por **Sidney Poitier** y **Christian Roberts**. En ella, Mark Thackeray, un ingeniero negro sin trabajo, acepta un empleo como profesor de un grupo de estudiantes blancos bastante conflictivos en una escuela de la periferia de Londres. Sus alumnos son insolentes y groseros pero, en el fondo, no tienen malos sentimientos. Al principio intenta ganarse su confianza utilizando los métodos tradicionales, pero fracasa tan estrepitosamente que no tendrá más remedio que recurrir a otras fórmulas. De gran éxito en su estreno y uno de los trabajos más logrados de Poitier, la situación en las aulas españolas que estamos viviendo estos días es la antesala de lo que puede ser una rebelión en toda regla.

Los motivos del descontento ya los conocen: las consecuencias negativas sobre todos los niveles de la enseñanza (infantil, primaria, secundaria y universitaria) de la política de ajustes y recortes que ha puesto en marcha el Gobierno de **Mariano Rajoy** con el objetivo de reducir el déficit presupuestario. En el ámbito universitario, que conozco de primera mano, el enfado en las aulas está provocado sobre todo por el incremento del precio de las matrículas en el próximo curso y el previsible recorte que sufrirán las becas. Es verdad que las matrículas apenas cubren el 15 por ciento del coste de una plaza universitaria en España. En mis clases se lo repito a los alumnos para que sean conscientes del sacrificio que supone no solo para sus familias sino para todos los españoles el hecho de que ellos se sienten en un aula universitaria. No obstante, en una situación de crisis

“En una situación de crisis, la subida en las matrículas que se anuncia agravará la economía de muchas familias

económica, la subida que se anuncia agravará la economía de muchas familias y terminará afectando a la igualdad de oportunidades, un instrumento muy poderoso al servicio de aquellos estudiantes que proceden de clases sociales bajas.

Pero el descontento se ha instalado también en todos los niveles y categorías del profesorado, los investigadores y el personal de la administración y servicios de las universidades. El ministro de Educación, Cultura y Deporte, **José Ignacio Wert**, ha conseguido lo que nunca antes se había logrado: unir a todos los sectores universitarios en la defensa de una universidad pública y de calidad. Jamás un ministro había hecho tanto daño a la universidad española. Y lo peor es que muchos ciudadanos han empezado a interiorizar que también los profesores universitarios son unos vagos y una casta de intocables que consumen recursos públicos sin efectos positivos para la sociedad. Da igual que los datos que el ministro ha puesto encima de la mesa sean falsos, como han demostrado los sucesivos comunicados de la Conferencia de Rectores de España. El daño ya está hecho. Pues bien, en este clima tan negativo, créanme: no se puede trabajar, escribir, investigar. Y las universidades son uno de los pilares fundamentales para el desarrollo económico y social de un país. Pero aquí, según parece, aún no hemos sido capaces de aprender la lección.